

Apuntes para el siglo XXI

Sobre el arte deportivo

A Ramón Balius Juli, médico, humanista y el mejor experto en Arte, Deporte e Historia de nuestro país. Sirva este artículo para testimoniarle mi más profundo reconocimiento por su entusiasta labor en la sección fija de nuestra revista "Arte y Deporte", auténtico magisterio humanístico sobre el deporte convertido en arte, y por su activa participación en la elección de nuestras portadas de homenaje al arte deportivo.

Desde su naturaleza profunda y radical el arte consiste en la búsqueda de la belleza por el hombre. Según los especialistas el arte no proporciona ningún conocimiento más allá de nuestros sentidos, a diferencia de la filosofía o la ciencia cuya razón de ser es desentrañar el conocimiento existente en la realidad. El arte tampoco es un *contemplar* (en el sentido general del término) sino un *hacer*, ya que éste no pretende decir lo que algo es, o como es, o porque es, sino hacer que ese algo sea. Algunos autores señalan que el arte es una forma de *evasión* y una alternativa que surge como una necesidad contrapuesta a la dura realidad humana, otros interpretan al arte como una creación de valores (lo bello, lo sublime, lo cósmico...) y también existen otros más que lo aprehenden como una forma de simbolización. Hay que convenir que todas esas posiciones se complementan y explican en aras de encontrar la respuesta a tamaño desafío conceptual tan antiguo como el hombre: analizar la obra de arte en su contexto estudiando las raíces culturales y sociales del mismo, la función del artista y sus relaciones con sus contemporáneos, sin olvidarse de los principios teóricos y técnicos de la expresión artística.

El arte surge de fijar su objeto de análisis sobre la compleja y variada realidad que nos envuelve y condiciona mediante un proceso específico y propio que denominamos función estética. El deporte como realidad humana de primera magnitud se ha constituido como un fenómeno social y un símbolo cultural de nuestra época. La práctica deportiva en sí realizada por millones de practicantes anónimos y los grandes espectáculos deportivos seguidos y jaleados por los espectadores presentan un motivo evidente de exaltación artística a través del análisis estético. El arte del deporte no se debe confundir con el arte en general, ya que el deporte se constituye en un texto artístico propio y original en el que el deportista es a la vez autor y personaje de un drama incierto y en el que el espectador tiene tendencia a intervenir con la voz y el gesto en el signo de los acontecimientos.

I

Aunque consideramos al deporte como una práctica lúdica genuina y un espectáculo competitivo regido por Instituciones propias que tiene su origen en Inglaterra durante el siglo dieciocho, existen a lo largo de la historia un sinnúmero de acontecimientos lúdicos ritualizados, basados en el esfuerzo físico competitivo, que anteceden e inspiran al deporte y que podemos rescatar y admirar gracias al arte. A través de la historia del arte podemos realizar un paseo histórico completo de las prácticas lúdicas y las grandes manifestaciones competitivas de los pueblos y civilizaciones que nos precedieron. Desde la existencia de los primeros grupos humanos organizados hasta la época actual el arte ha ocupado un papel primordial en la vida del ser humano, adoptando visiones e interpretaciones de la realidad observada distintas al pragmatismo propio de la lucha por la subsistencia. Siendo el arte una de las manifestaciones más cualitativas que el ser humano ha prologado a lo largo de su existencia, no es de extrañar que fije frecuentemente su atención sobre las manifestaciones de exaltación corporal no productivas de su época que por su plasticidad y carga emocional ejercieron un enorme influencia sobre el artista.

La humanidad nunca ha renunciado a su pasado, pero cada grupo humano y cada civilización lo ha interpretado o idealizado, tanto el tiempo inmediato como el tiempo más remoto, según una distinta concepción de la realidad. Si tomamos como guión de nuestro recorrido a las manifestaciones más tradicionales del arte: la pintura, la escultura y la arquitectura; descubriremos múltiples ejemplos de prácticas lúdico-competitivas y rituales en cada una de las culturas existentes a lo largo de nuestro planeta. De tal manera que por los vestigios dejados por cada una de ellas en este ámbito y por la calidad y simbolismo de las manifestaciones artísticas vertidas sobre el tiempo de ocio de cada pueblo, podemos conocer e interpretar en gran medida aspectos esenciales de aquellas culturas estableciendo paralelismos básicos con nuestra civilización.

En el Paleolítico Superior, arte rupestre (cuevas de Lascaux o Altamira), el artista se inspira en escenas de caza (entendida como una necesidad perentoria) para pintarlas en los murales de piedra de su propia cueva, desarrolla una actividad

aparentemente superflua no ligada al duro quehacer por la supervivencia pero que ofrece un mensaje claro en clave semiótica: representar las escenas de caza con un buen conocimiento del proceso y un éxito innegable para la necesaria representación simbólica y la preparación mental del grupo en el día decisivo. En la milenaria cultura egipcia observamos pinturas en los relieves de las tumbas de los notables de aquella excelsa civilización. En la tumba de Beni Hassan, hacia el 2000 antes de Jesucristo, se advierten grupos de luchadores realizando todo tipo de llaves y movimientos, juegos de muchachas con la pelota, ejercicios y acrobacias gimnásticas. En todos estos motivos el artista quiso reflejar las escenas de la vida cotidiana más relevantes del Antiguo Egipto, con el fin de ornamentar, embellecer y acompañar en su última morada al ilustre finado en su tránsito hacia la otra vida.

En la época clásica helénica encontramos cerámicas de todo tipo como vasos, vasijas, platos, ánforas, aljibes, etc. decorados con pinturas alegóricas de los atletas que competían en los estadios de la antigüedad. También son frecuentes las estatuas de los principales vencedores de los cuatro grandes juegos (los Juegos Panhelénicos), escenas decorativas en los frontones de templos tan famosos como el de Olimpia o los diseños arquitectónicos de palestras y gimnasios. Los grandes estadios de la civilización helénica que aún se conservan, como los de Delfos y Olimpia, en los que se desarrollaban los agones atléticos, luctatorios y culturales y los hipódromos diseñados para el desenvolvimiento de los agones hípicas muestran una magnífica fusión entre la magnificencia estética y el sentido práctico que caracterizó a este portentoso pueblo dividido políticamente pero unido por la cultura, la religión y la fiesta.

La civilización romana también fue muy amante de la ejercitación corporal y de las competiciones físicas aunque con un espíritu diferente al helénico, basado en un acérrimo entusiasmo por los espectáculos físicos de esfuerzos máximos con final incierto y desenlace fatal. Su legado artístico viene dado por el diseño y construcción de dos prototipos de instalaciones específicas pensados para la realización técnica de las distintas pruebas que en ellos se realizaban y también para albergar a un gran número de espectadores: el anfiteatro (luchas de gladiadores, naumaquias, *venatio*, luchas entre animales salvajes de distinto hábitat, ...) y el estadio (carreras de caballos y competiciones de bigas y cuadrigas). Nos han quedado abundantes ejemplos de estas magníficas construcciones repartidas geográficamente por toda su área de influencia política, pero quizás la obra más emblemática de todo su conjunto arquitectónico sea el Coliseo de Roma. También nos han dejado las termas romanas, ingeniosas construcciones de cuidadas formas estéticas para la relajación y el cuidado del cuerpo y también para la vida social, que ha constituido un legado muy vigente en nuestra civilización del bienestar.

Más adelante y en la más pura esencia de la tradición occidental, durante el periodo medieval y el renacimiento europeo nos encontraremos con múltiples pinturas y grabados de justas y torneos, imágenes de patinadores en los Países Bajos, esgrimistas del centro de Europa, franceses jugando a la *paume* o lienzos, como el famoso cuadro "Kinderspiele" del pintor flamenco del siglo XVI Pieter Bruegel en el que se plasman los juegos populares y tradicionales de la época.

En el continente americano es de resaltar la arquitectura monumental en piedra que exhibieron sobre todo las civilizaciones maya y azteca, ya que construyeron colosales estadios de gran calidad técnica y alto valor estético para el desarrollo ritual del juego de pelota mesoamericano. Las paredes de dichos estadios están ornamentadas con impresionantes murales esculpidos en piedra con imágenes y símbolos relativos a los jugadores, a la competición o al trágico ritual que se realizaba entre los jugadores después de los partidos.

En el continente asiático son bien conocidos los grabados y pinturas chinas relativas a las prácticas físicas lúdicas tradicionales que se desarrollaban con gran arraigo entre la población. Los miniaturistas persas dedicaron una atención exquisita a las evoluciones de los jugadores de polo legando a la posteridad auténticas obras de arte. Los artistas japoneses pre-meiji produjeron gran cantidad de grabados tallados en madera representando a arqueros y a expertos luchadores en artes luctatorias tradicionales de ese país.

En África nos encontramos con un buen número de pinturas rupestres con figuras nadando, corriendo, realizando saltos acrobáticos y, sobre todo, efectuando solemnes danzas colectivas de carácter ritual y mágico. Los aborígenes australianos disponían del boomerang, un instrumento de enorme importancia en esas culturas ya que poseía connotaciones lúdicas, religiosas y utilitarias según la circunstancia vivida. En torno a él se hizo girar todo un conjunto de manifestaciones artísticas, desde la construcción de distintos modelos con diferentes tipos de curvatura y diseño a los distintos grafismos y pinturas ornamentales encontradas con motivos de estos instrumentos mágicos.

II

Con el nacimiento del deporte en Inglaterra en plena Revolución Industrial surge en la centuria que va de 1750 a 1850 una producción masiva de grabados de tema deportivo, destinados a la decoración típica de los hogares de las clases

medias. Las mejores reproducciones inglesas correspondían a regatas de veleros, cacerías, “derbies” presenciados por miles de espectadores o regatas de remo. Muchos pintores del siglo XIX pintaron la desnudez heroica y atlética del hombre (Géricault o Courbet), los impresionistas (Manet, Monet, Renoir), obsesionados por la luz, se dedicaron a pintar escenas de tenistas y remeros en plena acción bajo la luz del sol. Más adelante, Edgar Degas abordó con maestría escenas en movimiento de las carreras de caballos y de danza, el americano Thomas Eakins fue uno de los primeros artistas reconocidos que aportó cuadros de atletas con intensidad dramática, los alemanes Max Liebermann, y Ernest Kirchner y otros artistas de renombre han realizado obras sobre el deporte, pero en ningún caso corresponden a sus mejores obras ni el conjunto de ellas sostendría una exposición de pintura de alto nivel sobre el deporte. El intento más serio de un pintor innovador que toma el deporte como objeto central de su obra es el francés Robert Delaunay que representa al deporte como algo especial, divertido y digno de representación artística. Sin embargo entre las artes plásticas la escultura es quizás la que mejores obras nos ha dejado en este período representando el cuerpo del atleta desnudo o semidesnudo en pleno esfuerzo. No obstante, las preferencias artísticas de las clases altas de nuestra sociedad a favor de las formas no figurativas, más cotizadas y caras, y en las que las temáticas deportivas no encajan por ser excesivamente ordinarias y tangibles, posiblemente han contribuido a frenar el desarrollo de la escultura deportiva moderna.

Tampoco ha existido una buena y fluida relación entre el deporte y los cineastas. Son escasas las películas de calidad sobre el deporte y en conjunto constituyen un pobre y escaso bagaje para el arte más genuino del siglo XX. La fotografía por el contrario es una de las nuevas artes de esta época que descubre y explota el deporte como tema central de sus inquietudes estéticas. La fotografía ha desarrollado un nivel de ejecución, conocimiento y observación que difícilmente podrá ser superado por otro medio: concursos fotográficos, exposiciones gráficas, presencia en diarios, revistas especializadas o libros con instantáneas espectaculares y reveladoras. En el mundo de las artes audiovisuales, la fotografía deportiva con su toma, instantáneas, ampliaciones y montajes vanguardistas ha obtenido un éxito arrollador y gracias a ello se ha consolidado la figura del reportero gráfico deportivo. El deporte y la fotografía se han fundido con enorme fuerza hasta constituir una unión sólida, el deporte es la gesta del drama humano en un conflicto incruento y la fotografía inmortaliza la proeza contribuyendo a la creación de memoria deportiva. El deporte asimismo ha sido una fuente de inspiración para el teatro, la música y los espectáculos coreográficos con acompañamiento musical. Las artes preservan nuestra cultura y se inspiran en el entorno por lo que toman sus temas de nuestra sociedad, una sociedad eminentemente deportivizada, por lo que no es de extrañar que traten de representar e inmortalizar las gestas deportivas a través de sus respectivas artes. Existen excelentes aportaciones de cada una de ellas en relación al deporte.

Pero es la arquitectura deportiva con sus variadas, originales y cuantiosas construcciones específicas de las distintas disciplinas deportivas la aportación más cualitativa de un arte clásico aplicado al ámbito del deporte. El estadio moderno es quizás el paradigma de la variada y compleja arquitectura deportiva, esta gran instalación debe resolver los problemas que plantean a gran escala el desarrollo técnico al máximo nivel de las pruebas y encuentros que en él se realicen y la contemplación masiva de dichos espectáculos deportivos por decenas de miles de espectadores. Los norteamericanos a principios del siglo XX fueron los pioneros de este tipo de construcciones, construyeron grandes estadios de fútbol americano y de béisbol que marcaron la pauta a seguir al resto del mundo. Hasta la politización de los Juegos Olímpicos iniciada en los JJ.OO. de Berlín en 1936, las grandes instalaciones deportivas, especialmente los estadios sede de grandes efemérides, respondían a la necesidad técnica de mejorar el rendimiento de los atletas e incrementar el confort del público asistente. Después de la II Guerra Mundial, los proyectos de construcción de estadios emblemáticos empezaron a ocuparse de los aspectos estéticos, pusieron de relieve la integridad cultural y, sobre todo, tuvieron muy presente que el estadio debía mostrar la grandeza del país organizador. El resultado ha sido que aprovechando un gran evento deportivo, Juegos Olímpicos o Campeonato del Mundo o simplemente la necesidad de poseer una megainstalación, las nuevas construcciones han impresionado al público por el sentido estético, su originalidad, la genialidad, la tecnología aplicada, la osadía y, sobre todo, la magnificencia de la propia instalación que corresponde al mensaje de poderío y modernidad que los países actuales quieren dar al mundo.

III

Sin embargo al margen de las aplicaciones de las artes clásicas sobre el objeto deporte, el verdadero arte deportivo surge de sus propios productos, de su propia actividad y de sus propios actores. Desde principios del siglo XIX se empezó a recompensar en Europa el éxito deportivo a los vencedores en público con medallas de honor y diplomas al mérito deportivo, esa costumbre tuvo continuidad en el resto del mundo, especialmente en Norteamérica. Pronto se desarrolló toda una iconografía del trofeo deportivo, lo que constituye una manifestación artística original del deporte.

También debemos incluir entre las categorías del arte, algunos subproductos del deporte moderno como son las herramientas básicas utilizadas en las competiciones: la bicicleta, la motocicleta, el automóvil de fórmula 1, la canoa de remo, el velero de clase olímpica, el biplaza de *bosleigh* o las tablas de esquí por citar algunos artilugios deportivos elevados a la categoría de arte por su diseño, colorido y tecnología. Su finalidad justifica su propia existencia, su belleza es incidental y sus cualidades visuales y táctiles (pintado, pulido y esculpido) son una finalidad marginal que surge de la intención conceptual del diseñador.

Los balones utilizados en los deportes de equipo, los distintos tipos de pelotas, las manoplas de béisbol, los *stick* de jockey, las raquetas de tenis, los *piolet*s, los cronómetros, los aparatos gimnásticos, los artefactos de atletismo, las zapatillas deportivas de cada disciplina o el diseño de la ropa deportiva (la lista sería casi interminable); todas estas herramientas deportivas se caracterizan por ser materiales de diseño innovador fundamentado en la tecnología más avanzada con el fin de alcanzar la máxima eficiencia técnica y el éxito deportivo y, más tarde, el comercial.

Todos los objetos que constituyen genéricamente el material deportivo han evolucionado al margen de las universidades, del mundo de la ciencia pura, de los sociólogos, de las artes y de los intelectuales. El mero contraste entre el refinamiento, la originalidad, la eficacia y la popularidad de los objetos deportivos por una parte y el absentismo intelectual, académico y artístico que se ha dispensado al deporte en gran medida constituye una paradoja actual difícil de explicar.

Pierre de Coubertin, ideólogo y promotor del movimiento olímpico moderno, había mostrado una gran inquietud por el tema del arte deportivo y siempre confió en que las artes se integrarían en los Juegos Olímpicos y en los demás eventos deportivos internacionales. De hecho la competición artística internacional, al igual que se había hecho en los Juegos Panhelénicos de la antigua Grecia, formó parte oficial de los Juegos Olímpicos de 1928 (Amsterdam), 1936 (Berlín) y 1948 (Londres), pero constituyó un sonoro fracaso porque las obras que se presentaron correspondían a artistas no consolidados y los críticos de arte e informadores deportivos no las tuvieron en cuenta. Sin embargo, recogiendo aquella herencia coubertiniana “Los Juegos Olímpicos deben estar impregnados de historia, arte y filosofía”, el Comité Olímpico Internacional inaugura en 1993 el Museo Olímpico en Lausanne (Suiza) dirigido a todos los ciudadanos del mundo que les apasiona el deporte, el arte, la historia y la cultura. Recientemente, en este año, ha sido inaugurado en la ciudad de Barcelona el Museu Olímpic i de l'Esport como una réplica y continuidad del pionero en pro del arte deportivo. Estos Museos rescatan el viejo sueño de Pierre de Coubertin, el culto del arte vinculado al deporte, y se postulan en un serio intento de mostrar al mundo un espacio propio dentro del arte: el arte deportivo

Pero el arte deportivo más genuino y auténtico es aquel que se deriva de la propia actuación de sus protagonistas, ya que el deporte es en sí plástica pues es en sí mismo esfuerzo, superación e intento de victoria. Cuanto más perfeccionado sea el movimiento deportivo y mayor sincronización y armonía presente más artística será su manifestación. La obra de arte es el valor del hombre como tal reflejado a través de sus representaciones creativas, el deporte no es un reflejo de la capacidad del hombre como ocurre en la obra de arte, es el hombre mismo quien muestra su capacidad sobre el mismo a través del dominio de sí, de su cuerpo y mente en interacción exigente con el entorno en pos de la victoria.

IV (epílogo)

El deporte es una constante fuente de inspiración de las artes visuales, táctiles, auditivas y visual-auditivas. Pero el deporte es arte del movimiento humano y por tanto creación del movimiento humano susceptible de ser disfrutado por el jugador, contemplado y admirado por su belleza y perfección por los espectadores y conservado para la posteridad por su importancia y exclusividad para los anales del arte deportivo.

La hipnosis que ejerce el deporte sobre el hombre de hoy no escapa al interés del arte en general sobre el deporte y a la influencia de éste sobre el arte, por lo que arte y deporte forman un binomio indisoluble en sus múltiples manifestaciones aunque con contradicciones. El arte del deporte se constituye por derecho propio en un intérprete de excepción del mayor fenómeno social de nuestra época, por lo que contribuye decisivamente al desarrollo del arte de nuestra época, aunque no sea reconocido por el mercado, los críticos y los teóricos del arte.

JAVIER OLIVERA BETRÁN

jolivera@gencat.net